

Las fuentes de Granada

Ciudad del agua pudo, justificadamente, llamarse en otro tiempo a Granada. Abundantísima en agua de ríos y fuentes la dice Mármol. En la época de esplendor del reino nazarí, costosísimas obras la llevaban a lo alto de los cerros por los que se extendía la población, a la Alcazaba, al Albaicín y a la Alhambra, y, desde ellos, deslizándose por sus pendientes, procurándoles vegetación y frescor, repartíase en ininidad de conducciones por casas y cármenes. La misma agua corría en innumerables fuentes situadas a distinto nivel: después de haber cruzado los jardines encantados, poblados de naranjos, de limoneros, de cipreses y plantas trepadoras, perfumados por los jazmines y geranios, seguía a refrescar la ciudad.

En la Alcazaba debieron tener agua corriente los romanos, ya que allí existió una ciudad importante, cuyo foro se excavó parcialmente en el siglo XVIII. El frontero cerro de la Alhambra, en cambio, sin ella, estaría seco y pelado, con un leve momento de verdor en la rápida primavera meridional. Si como obras anteriores al siglo XIII consérvanse algunos restos insignificantes entre las construcciones de la colina roja, si la historia refiere haber estado fortificada en el IX, careciendo sus moradores de agua corriente, todo ello no debió alcanzar gran importancia. Fue realmente Mohamed ben Alahmar, el fundador de la dinastía, quien, según cuentan los escritores de su raza, construyendo una acequia que aún se llama Real, para tomar el agua del darro una lengua río arriba de la ciudad, y probablemente la presa, cuyos estribos aún permanecen, fue el verdadero creador de la Alhambra y del Generalife. Sin esa obra primordial no existirían sus huertas, jardines y palacios, y los cerros en los que se asientan, en lugar de la admirable vegetación de oasis que hoy los cubre, serían calveros desnudos y resecos. Rota la presa desde hace largo tiempo, llegó a nuestros días una provisional de tierra que hay que reconstruir con frecuencia; la acequia Real consérvase en la mayor parte de su recorrido excavada en la roca, tal como fue hecha hace siete siglos.

Ceñían a Granada, escribía en el siglo XIV el granadino Abenaljatib, a manera de muros, o más bien de brazaletes, las almunias y granjas reales, en donde se miraban ordenados suntuosos aposentos¹. Fuera de su recinto,

¹ Francisco J. Simonet: Descripción del Reino de Granada. Madrid, 1860, pág. 53.

dice en la «lhata»², existían un centenar de jardines o «gennas»: jardín de la tumba o del estanque del valle (?), vega o jardín del barranco, barranco de Mócbol, jardín llamado Ribera de Isam, genna del Arin, genna denominada de Cádah Bensahnuc... El mismo autor y el viajero Ibn Batuta, visitante este último de Granada por el año de 1330, ponderan los huertos y cármenes de Ainadamar, monte de suavísimo y templado ambiente, amenísimamente cubierto de vergeles, huertos placenteros, floridos jardines, aguas dulces y copiosas, suntuosos aposentos, numerosos alminares y casas de sólida construcción, plantíos de hierbas aromáticas y otras delicias³.

No se limitaron los musulmanes granadinos a llevar el agua allí donde el desnivel del río y la longitud de la acequia Real se lo consentía, es decir, a los pabellones del Generalife, la «huerta que par no tenía», como punto más elevado. Quisieron gozar de más amplios horizontes, del panorama incomparable de la Vega y de Sierra Nevada, que se percibe desde lo alto del cerro del Generalife, y los inmediatos al Sur, y por medio de norias y artificios hidráulicos, elevaron el agua hasta esas alturas. Historia y leyendas hablan de tres magníficos palacios construidos en ellas: el de los Alixares, el de Daralharosa y el de Daralguid. Testimonian de su existencia grandes albercas, secas y medio destruidas, restos de muros y fragmentos de escayola y cerámica que aparecen al remover su suelo.

De la belleza del primero nos ha quedado un eco en el conocido romance de Abenamar, de inspiración morisca⁴:

«estaban los Alixares
labrados a maravilla.
El moro que los labraba
cien doblas ganaba al día,
y el día que no los labra
otras tantas se perdía;
desque los tuvo labrados
el rey le quitó la vida
porque no labre otras tales
al rey del Andalucía.»

Desde sus espléndidos jardines, escribe en 1526 el embajador veneciano Andrés Navagero, disfrutábase de bellísima vista hacia la vega, pasándose de ellos a los vergeles del de Daralharosa por calles ceñidas de arrayanes por ambos lados. En lugar más bello y solitario, ya muy cercano a las aguas del Genil —sigue diciendo el veneciano—, estaba el de Daralguid o Casa de las Gallinas. Por todas partes, en las pendientes de los cerros y en lo hondo de los valles, se veían pequeñas casitas con sus jardines, sus aguas, sus rosales,

² lhata (I-24-25). Debo esta noticia a la bondad del R. P. Melchor Antuña.

³ Simonet, obra citada, pág. 47.

⁴ R. Menéndez Pidal, *Flor nueva de romances viejos*, 1928, págs. 269-271.

mosquetas, fuentes y arrayanes, puestas de tal modo entre los árboles que parecían estar dentro de un bosque, entreviéndose apenas.

Pero ya Navagero ve todo esto en decadencia. Treinta y cuatro años después de la Conquista esos tres palacios altos, por encima de la Alhambra y del Generalife, estaban casi arruinados, no quedando en pie más que algunos trozos; rotos los conductos, los estanques carecían de agua y las piedras de los enlosados, hendidas, dejaban asomar entre sus quiebras las raíces de los arrayanes. «En el tiempo en que la dominaban los moros, esta tierra —dice el embajador veneciano— era mucho más hermosa que lo es en el día. Actualmente son muchas las casas que se van arruinando y los jardines destrozados; porque los moriscos más bien van faltando que no creciendo, y ellos son los que tienen todo este terreno labrado y plantado con tanta copia de árboles como aquí se ve. Porque los españoles, no sólo en este suelo de Granada, sino en todo el resto de España igualmente, no son muy industriosos, ni plantan ni cultivan voluntariamente la tierra, sino que se dan a otras cosas, y de mejor gana se van a la guerra o a la India a hacer fortuna, que no por vía del trabajo»⁵.

En el último tercio del siglo xvi, Luis del Mármol refiere que el palacio de Daralharosa estaba derribado, viéndose solamente los cimientos; en ruinas también hallábase el de los Alijares, al derredor del cual «había grandes estanques de agua y muy hermosos jardines, vergeles y huertos»⁶.

Después de más de cuatro siglos de civilización cristiana no hemos logrado restaurar el nivel de los jardines musulmanes en los cerros que dominan la ciudad. Siguen estériles y abandonados los lugares en los que estuvieron esos tres palacios de romance y las alturas que dominan la Alhambra y el Generalife. La parte más elevada de la colina roja, asiento de aquella conocida desde hace largo tiempo por «el Secano», comienza ahora a disfrutar del agua de que careció desde el siglo xvi. Los que hemos excavado el suelo de la Alhambra, tratando de descubrir algunos de sus secretos, podemos dar fe de las palabras del embajador veneciano. Bajo la capa de tierra y escombros que se ha ido depositando en muchos lugares del recinto, aparecen numerosas albercas, no pocas fuentes e innumerables tuberías de barro y plomo que no dejan un palmo de tierra sin el regalo del agua. Lentamente se va desescombrando el recinto, hasta alcanzar el suelo árabe, haciendo saltar de nuevo las fuentes, calladas desde hace cuatro siglos, llenando de agua las albercas que sirvieron de espejo a las arquerías de los palacios nazaríes. Con el tantas veces citado Navagero, hay que reconocer que la reconquista representó un retroceso para el aspecto de la ciudad y de sus cercanías. A partir del siglo xvi, las gentes de Granada huyen del campo, reconcentrándose en el núcleo urbano: parece haberse perdido aquella afición, patrimonio de gentes de espítiru refinado, a la naturaleza, a la soledad

⁵ Simonet, obra citada, pág. 186.

⁶ Luis del Mármol Carvajal, *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reyno de Granada*. Málaga, 1600.

y silencio del campo, a los panoramas dilatados. Los granadinos de la hora presente prefieren las calles polvorientas, las casas de pisos y los ruidos de la ciudad moderna.

Donde estuvo el palacio de los Alijares hállase hoy el cementerio. Ingratos eriales son los solares de los restantes, cuyas grandes albercas están secas y medio destruidas⁷.

Un proyecto de conducción de aguas potables, en comienzos de ejecución, hecho con una visión mezquina del futuro, tan sólo la conduce, como punto más elevado, al recinto de la Alhambra, condenando a la ciudad a no extenderse por sus contornos más bellos y sanos, despoblados desde el siglo xv.

«El agua discurre por los suelos de las casas como lo hace a través de la ciudad; no hay mezquita ni vivienda en la que falte; hasta una torre del palacio de la Alhambra, en su piso más elevado, tiene una fuente», dice de Granada Al-Omari, escritor árabe de la primera mitad del siglo xiv⁸. «Cada casa tiene su fuente», repite Antonio de Lalaing, señor de Montigny, visitando la ciudad de la Alhambra en 1502, diez años después de la Conquista⁹. Todos los que por entonces llegan a Granada, maravillanse de su abundancia de aguas, no conocida en ninguna otra ciudad, y del número de sus fuentes. Pero es, sobre todo, Navagero el que, veinticuatro años más tarde, dedica largos párrafos a las aguas y fuentes de Granada: «los montes que rodean la ciudad tienen por todas partes gran abundancia de aguas que entran y corren por toda ella, sin que haya casa adonde por sus conductos no llegue el agua»; «la parte de la ciudad que está en lo llano, es abundantísima de agua, y no hay casa que no la tenga, la cual va por conductos que se cierran cuando se quiere; y si la ciudad se ensucia con lodos, se puede lavar toda; quiero decir la parte llana. y no sólo entran para el uso de la población las aguas de la fuente de Alfacar, sino otras muchas por todas partes»; «toda la cuesta donde se asienta Granada por aquella parte (hacia la Cartuja, donde estuvieron los cármenes de Ainadamar), y lo mismo hacia la parte contraria, es bellísima, llena de muchas casas y jardines, todos con sus fuentes; arrayanes y bosquecillos, y en algunos hay grandes y hermosísimas fuentes... Todo ello es vistoso, todo placentero a maravilla, todo abundante en aguas, que no podría ser más»; «...en tantas partes se divide el agua del Darro, que, aunque él de por sí no sería muy caudaloso, se hace mucho menor y lleva siempre poco profunda el agua... Conducen las aguas de este río

⁷ Proporcionaba agua al palacio de los Alijares una gran alberca llamada del Negro, situada por encima del cementerio. Otro gran depósito, llamado hoy de las Damas, se utilizaba para el riego de las huertas del Generalife. En el Alcázar del Genil hay también varias albercas, hoy rellenas, una de las cuales tiene 121 por 28 metros.

⁸ Ibn Fadl Allan Al Omari, *Massalik El Absar Fi Mamalik El Amsar*, I, L'Afrique, moins l'Egypte. Traduit et annoté par Gaudefroy-Demombynes. París, 1927, pág. 288.

⁹ Collection des Chroniques Belges inédites. *Collection des voyages des Souverains des Pays-Bas*, Bruxelles, 1876, tomo I (citado por J. F. Riaño, Palacio árabe de la Alhambra, *Monumentos arquitectónicos de España*).

por todos estos collados por muchas partes, así para abastecer de agua el territorio, como para molinos y otras obras de esta especie. Una parte la conducen por lo alto del monte, cogiéndola en lugar elevado, y otra parte ás abajo: aquélla la conducen por bóvedas subterráneas cavadas en el monte, que es cosa hermosa de ver...»¹⁰.

Desde la vivienda más modesta hasta la suntuosa Casa Real de la Alhambra, el agua cantaba en la Granada nazari en innumerables fuentes, repartiéndose por millares de venas que daban vida a la ciudad, como la sangre al cuerpo humano. El agua surge en el centro de la casa y va de allí a llevar su influjo bienhechor a todos los rincones. Los hogares humildes, minúsculos y recatados, tenían varias, a más de la que alimentaba la pequeña alberca del patio, centro éste de la vida privada. En los patios de ingreso a los palacios, en las plazas, en los sitios en donde las estrechas calles daban holgura para ello, una fuente pública permitía al transeúnte apagar su sed. Y en los recintos íntimos y reservados de las viviendas, en las casas y jardines, las acequias, que según frase de Abenaljatib, refiriéndose a la Real, «es un río que se derrama desde los collados sobre la Alhambra con un ímpetu semejante al de los peregrinos que bajan del monte Arafat», llevando «traídos de los ríos con larga subida, torrentes de agua semejantes a mares azules»¹¹, repartíanse por todas partes, alcanzando hasta los últimos rincones. Estas mismas acequias las hacen atravesar sus edificaciones con el deseo de contemplar el fluir continuo de la corriente. Se ha conservado el ejemplo más excelso de esa disposición en el patio de la acequia del Generalife, prodigio de gracia y frescor; en menores dimensiones fue semejante el del palacio árabe, cuyos restos se registran en el ex convento de San Francisco de la Alhambra. Bertaut alcanzó a ver, en 1659, una casa de campo por encima de la Cartuja, propiedad de un comerciante genovés, en cuyo jardín había una gran acequia¹².

Un proverbio árabe cita el murmullo del agua, en unión del sonido del oro y de la voz de la mujer amada, como los tres sonidos más gratos al oído del hombre. Este murmullo del agua era, sin duda, en la Granada nazari, suave, apagado e incesante, producido por su lento caminar en las acequias y canales, el correr de las fuentes, de angostos caños, y el elevarse para caer en los finos surtidores. El agua se mezclaba a la vida litúrgica en las mezquitas y madrazas, a la familiar en todas las viviendas. Para comprender lo que es la voz del agua en estos palacios meridionales, el valor que tiene, la vida y el encanto que les presta, hay que visitar la Alhambra y el Generalife un día en que sus fuentes estén mudas, después de haberse habituado a oírlas siempre correr: el silencio parece entonces profundo y angustioso; la soledad, más grande que nunca.

¹⁰ Simonet, obra citada, págs. 182, 184, 185 y 186.

¹¹ Simonet, obra citada, págs. 52 y 53.

¹² Bertaut, *Journal du voyage d'Espagne* (1659) (*Revue Hispanique*, tome XLVII, número 111 octubre 1919, pág. 65).

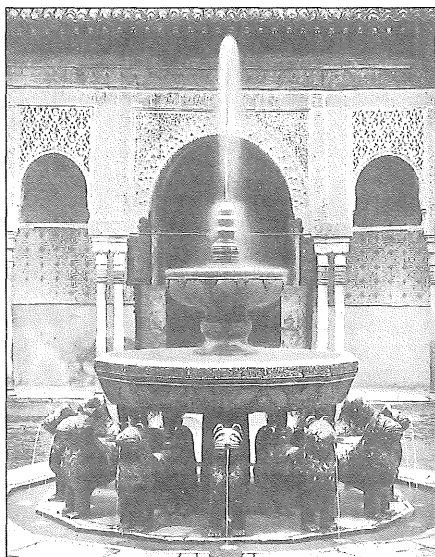
La tradición no se pierde por completo al conquistar la ciudad los Reyes Católicos. Las casas edificadas a la castellana después, en la parte llana de la población, la preferida por los españoles, tenían también su fuente en uno de los costados del patio, llamada hasta nuestros días, ignoramos por qué, «pilar». En estos patios a la castellana no se construyen ya albercas, sustituyendo a la intimidad y gracia de los musulmanes un aspecto un tanto frío y de aparato, menos recatado; en lugar de reservarse para la vida de familia, queda aiberto a la gente de la calle, dando, en unión de la fachada, prestancia monumental a las viviendas.

Desde el siglo xvi al xviii no hubo casa de alguna importancia en Granada que no tuviera su «pilar» en el patio. Con finos relieves y molduración sobria al principio, más tarde ostentan pináculos y cierta sequedad de ornato, adquiriendo, por último, una bella pompa barroca. Escudos, cascos y cimeras, ornatos muy variados, suelen verse en sus frentes. El más famoso de todos ellos es el llamado pilar de Carlos V, en la Alhambra, mandado construir por el conde de Tendilla, cuya traza hizo Pedro Machuca en 1545, habiendo ejecutado las esculturas Nicolao de Corte. Otro hubo, monumental, en la Plaza Nueva, levantado también en el siglo xvi, y destruido en el xix. El del Toro, en la calle de Elvira, contemporáneo de éste, ha sido desfigurado recientemente.

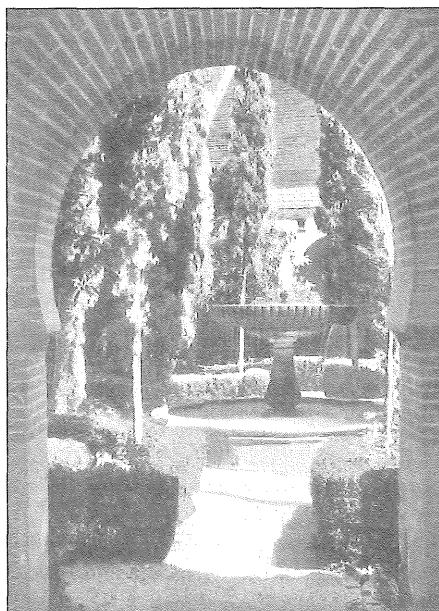
Estos pilares granadinos van desapareciendo con las casas viejas, viviendas de una sola familia, destruidas para levantar otras mezquinas e incómodas, destinadas a habitación de varios vecinos. Cada día puede decirse que se calla una fuente en la ciudad. Dentro de poco tiempo es posible que toda el agua de Granada se administre con grifo y contador, corriendo oculta y silenciosa.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS
Arquitecto

Arquitectura.
Diciembre, 1929



Granada. Alhambra: Fuente del Patio de los Leones.



Alhambra. Fuente en el Patio de Daraja.